

CAPÍTULO 2 DIARIO DE SUEÑOS

Bienhallado de nuevo, Opuesto. Deja que empiece a contarte lo que bulle por las noches en mi cabeza, lo que se desgrana tras el telón de mi realidad nocturna.

Vuelvo a soñar. Es curioso. Sueño que observo a mi yo niño soñando. Paradójico, o quizás solo demasiado enrevesado. Me veo tumbado en la cama de mi habitación, aquella que tuve de pequeño en la antigua casa de mis padres, junto al póster de dinosaurios que tanto me gustaba. En realidad solo me intuyo, porque como siempre, he realizado el consuetudinario ritual de niñez por el que elevo cada noche la sábana a la categoría de muralla infranqueable para lo que aceche fuera, y mi cuerpo y la colcha forman una crisálida apenas esbozada en el haz de la cama.

El bulto que formo (formaba) rebulle inquieto mientras murmulla. De golpe recuerdo, y recuerdos y sueños, hijos de la misma madre trastornada, se amalgaman hasta que se hacen tan grandes que no puedo abarcarlos y salen de mí como mariposas de alas oscuras, y ahora solo soy yo, el yo-niño y el yo-hombre que a la vez sueña y recuerda.

Me despierto. Estoy tumbado de lado en mi cama, de espaldas a la pared, y el corazón late desbocado en mi pecho, no sé si por el hecho de haberme escapado de un sueño o por haberme topado de bruces con la fría vigilia.

Es de noche, o al menos está oscuro en mi habitación, e intento serenarme mientras siento el suave roce de la sábana que me envuelve como un sudario y aspiro el familiar olor a suavizante que constituye mi atmósfera.

Mario Peluche

En ese instante se hace presente en mi conciencia la causa que me ha despertado sobresaltado, un fagonazo de certidumbre que explosiona detrás de mis retinas tras haberse gestado mucho más adentro, sin haberme abandonado nunca del todo. Es algo que siento en los pelos de la nuca erizados en dirección a la puerta, en los nervios que se me encogen desde la pelvis a la cabeza, en mis ojos constreñidos mirando sin ver la pared, en el dedo helado que roza mi alma.

Una presencia inefable está avanzando hacia mí. No sé cómo, pero lo sé con la certeza más absoluta. Ha abandonado su cubil en la materia oscura del universo o en la sima abisal de un océano y ha entrado en mi cuarto, y me quiere a mí, lo sé, a mí solo. Siento todo su ávido interés, todos sus sentidos primigenios volcados hacia mí. Me encojo en la cama, los tendones y los músculos crispados hasta que duelen.

Un miedo atávico me asfixia porque sé, porque siento que si atisbo a eso, aunque solo sea por un segundo, me volveré loco. Eso no quiere devorarme, no quiere masticar mi carne, no. Si solo fuera eso, gustoso me entregaría a esa letanía de sangre por ahorrarme este sufrimiento. No. Esa cosa que no tiene cuerpo quiere deglutir mi realidad, llevarse mi razón y mi alma. Lo sé con la misma certeza con que sé que está ahí, por la razón de la sinrazón, porque no oigo nada y a la vez, en el silencio absoluto que parece envolver mi mortaja con el engaño de la ausencia, oigo sus pasos. Sordos, apagados, retumbando en el interior de mi conciencia al compás de mi corazón. Incluso percibo un susurro apenas audible, un intento de fonación de esa nada oscura sin materia ni garganta.

De golpe entiendo que esto es un sueño, que en realidad no he despertado, que sigo dormido. Pero aunque mi mente entiende que sueño, mi cuerpo me grita que no, que está sufriendo, que el dolor de mis músculos es real, que el miedo con su cara blanca es real, que la locura más absoluta está haciendo presa de mí y solo espera que la contemple para acabar su labor. Y sigue avanzando. Solo necesita que levante una esquinita de la sábana y una pulgada de mis párpados, un pequeño resquicio le bastará...

...porque la locura entra por los ojos del alma.

Intento gritar, claro, gritar con todas mis fuerzas, porque sé que si consigo gritar me despertaré, y esa es la única manera de

que lo que viene a por mí desaparezca, vuelva a su dimensión, o al interior de mis sueños, aguardándome.

Pero no puedo. Apenas yo mismo me oigo gemir, pero no consigo gritar. Pero es que tampoco puedo moverme, ni siquiera alzar mis manos para proteger mis ojos de la herejía de su visión. Estoy mudo e indefenso.

Fuerzo mi garganta hasta que arde, pero simplemente no puedo hacerlo. Solo queda hacer una cosa. Si un grito no puede despertarme, que lo haga el dolor.

No puedo levantar mis brazos, pero sí clavar las uñas en las palmas de las manos.

No puedo utilizar mi boca, pero sí morderme la lengua. El dolor incendia mi conciencia...

...y por fin despierto.

Me despierto. Todo ha sido un mal sueño que me ha dejado agotado. Cansancio extremo por la batalla entre dominios.

Estoy en mi cama, en la misma posición en que me desperté antes, con la cara de espaldas a la pared. En realidad es la misma posición en que me quedé dormido.

Porque la criatura sigue ahí.

Y vuelve a acercarse.